

Su crisis y nuestras respuestas

La situación de las resistencias y los movimientos sociales en el Estado español está marcada por una tibia respuesta frente a la crisis. Es, entre otras cosas, una muestra de hasta qué punto los valores individualistas y la lógica capitalista han penetrado en el seno de amplias capas de la población. Por otra parte, la respuesta sindical desde el estallido de la crisis ha puesto en evidencia los límites del actual modelo sindical. La situación requiere profundizar y radicalizar las alternativas, ir a la raíz de los problemas, apuntar hacia el "núcleo duro" del actual sistema económico desde un anticapitalismo consecuente. Para cerrar la brecha entre la pérdida de legitimidad del capitalismo neoliberal y de sus instituciones y la debilidad de los movimientos populares para imponer un cambio de políticas, es necesario seguir organizando, desde abajo y día a día, la resistencia social, con criterios unitarios y combativos y buscando enlazar las distintas luchas y problemáticas para favorecer espacios de convergencia y solidaridades a escala internacional, nacional y local.

El estallido de la crisis en septiembre de 2008 tras la quiebra de Lehman Brothers vino acompañado de las proclamas grandilocuentes, entonadas por la clase política y algunos círculos empresariales y financieros, acerca de la "refundación" y "moralización" del capitalismo. Las primeras cumbres del G-20 en Washington y Londres (cuyo protagonismo como instrumento para hacer frente a la crisis muestra las reconfiguraciones de la economía global, el ascenso de los países emergentes y el declive de Estados Unidos y la Unión Europea) se caracterizaron por la solemnidad de la retórica de sus protagonistas, empeñados en dar trascendencia histórica a sus decisiones y en buscar frases de impacto. Para cerrar la brecha entre la pérdida de legitimidad del capitalismo neoliberal y de sus instituciones y la debilidad de los movimientos populares para imponer un cambio de políticas, es necesario seguir organizando, desde abajo y día a día, la resistencia social, con criterios unitarios y combativos para enlazar las distintas luchas y problemáticas que favorezcan espacios de convergencia y solidaridades a escala internacional, nacional y local.

Josep Maria Antentas, es profesor de Sociología de la UAB

Esther Vivas, Centro de Estudios sobre Movimientos Sociales (CEMS) de la UPF

A pesar de los grandes discursos, el sentido de las políticas de los principales gobiernos del mundo apuntado en los compases iniciales de la crisis era

claro: hacer pagar el coste de la misma a los trabajadores, socializar las pérdidas e intentar apuntalar el modelo vigente con tímidas reformas que aseguraran su viabilidad corrigiendo algunos “excesos” disfuncionales. En palabras de David Harvey, su objetivo era «reinventar el mismo sistema [...]. El razonamiento fundamental que se están planteando es, ¿cómo podemos reconstituir el mismo tipo de capitalismo que hemos tenido en los últimos treinta años en una forma ligeramente más regulada y benevolente?». ¹

Para movilizarse no sólo hay que partir del malestar y la indignación, también hay que creer en la utilidad de la acción colectiva, en que es posible vencer y en que no todo está perdido antes de empezar

Bajo el impacto del shock del hundimiento de Wall Street y las medidas de rescate bancario algunas voces desde la izquierda hablaron de forma apresurada del «fin del neoliberalismo». Contrariamente a estas ilusiones, a menudo sacadas de lecturas poco sólidas de los años treinta y haciendo abstracción de las diferencias de contexto, no hubo giro nekeynesiano alguno. Lejos de ello, las políticas implementadas en el conjunto de la UE han intensificado la presión sobre el mundo del trabajador asalariado con la voluntad de transferir los costes de la crisis a los trabajadores y debilitar a los sindicatos. Su objetivo es infligir una derrota histórica al movimiento obrero y reforzar los mecanismos de dominación de clase. El neoliberalismo ha sufrido una crisis de legitimidad muy profunda y las falacias y contradicciones de su discurso han quedado más descubiertas que nunca pero, en ausencia de reacción social fuerte, las medidas neoliberales se han profundizado.

Pasado el momento de pánico inicial de la clase política y del mundo de los negocios provocada por la magnitud de la propia crisis, la falta de instrumentos teóricos para comprenderla y el temor a una posible reacción social, progresivamente la retórica “refundadora” fue evaporándose. En consonancia con los intentos de presentar la crisis como un simple problema financiero y una crisis superficial, un año después de su estallido el coro de voces entonado en la cumbre del G-20 en Pittsburgh en septiembre de 2009 fue claro: lo peor ya quedó atrás, la recuperación se aproxima y enfilamos la recta final. Asunto concluido. Y dentro de poco tiempo, «*business as usual*». Quizá, en el fondo, la cosa no era tan grave.

Sin embargo, más que el principio del final la realidad mostró que nos encontrábamos en el final del principio. Las turbulencias de la zona euro y el rescate financiero a Grecia en

¹ D. Harvey, «El G20, la crisis financiera y el neoliberalismo», *Rebelión* [disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=83558>]

mayo de 2010, así lo señalaron y marcaron la entrada en una nueva etapa, que puede definirse como una verdadera guerra social europea,² caracterizada por la aplicación de fuertes planes de ajuste a escala europea, en particular en aquellos países periféricos amenazados por la inestabilidad financiera. La tan reiterada «luz al final del túnel», del fin de la crisis, resultó ser, como señala Slavoj Žižek,³ la luz de un tren en dirección contraria que venía directo contra la amplia mayoría de los trabajadores, la defensa de cuyos derechos requiere hacerlo descarrilar antes de la embestida.

Una (todavía) débil respuesta social

Más de dos años y medio después del estallido de la crisis, la situación de las resistencias y los movimientos sociales en el Estado español está marcada por una tibia respuesta frente a la crisis. Atrás quedó el optimismo que invadió a gran parte de la izquierda en el momento del derrumbe financiero. Hay un sesgo muy grande entre el descrédito del actual modelo económico y su traducción en acción colectiva. La poca combatividad mostrada hasta ahora por los trabajadores se explica por la combinación entre el miedo, la resignación frente a la situación actual, el escepticismo respecto a los sindicatos, la ausencia de referentes políticos y sociales y la penetración entre los asalariados de los valores individualistas y consumistas.

Para movilizarse no sólo se requiere malestar e indignación, también hay que creer en la utilidad de la acción colectiva, en que es posible vencer y en que no todo está perdido antes de empezar. No hay ningún automatismo entre malestar y movilización social, y todavía menos, movilización en sentido solidario. Las reacciones de los trabajadores, en escenarios como el actual, pueden estar dominadas por el miedo y el egoísmo o por la solidaridad y la rabia frente a la injusticia. Pueden orientarse hacia opciones progresistas o girarse hacia alternativas reaccionarias.

En el Estado español la respuesta social a la crisis no ha sido, hasta ahora, proporcional al descrédito del actual modelo económico. Conflictos y movilizaciones las ha habido, y algunas relevantes, pero (con la excepción del 29-S) han tenido una base social limitada y dificultades para trascender los sectores militantes organizados y más activos. Las luchas, sobretudo en los centros de trabajo, han sido muy defensivas y la mayoría, con algunas excepciones, han terminado en derrotas. Las tendencias a la fragmentación predominan sobre las tendencias a la unificación de las luchas, sin que ninguna de ellas actúe como elemento centralizador y catalizador que permita arrancar un nuevo ciclo de movilizaciones.

² Ch. André Udry, «Ha empezado una nueva guerra social en Europa», *Viento Sur* 111, julio 2010, pp. 19-24.

³ S. Žižek, «Las buenas películas sobre el Holocausto son comedias» (entrevista), *Público*, 15 de junio de 2010.

Faltan victorias que hagan de revulsivo y permitan iniciar un periodo ascendente de acumulación de fuerzas, demostrar la utilidad de la acción colectiva, aumentar las expectativas de lo posible, vencer el escepticismo o el miedo y, contribuir como señala Luc Boltanski a «socializar la rebeldía y a socializar el sentimiento de que la realidad es inaceptable».⁴

Todas las grandes crisis de la historia del capitalismo se han saldado con una reorganización de las relaciones sociales y entre clases. Lo que está en juego es una salida pro-empresarial a la crisis, que refuerce el dominio del capital en el seno de la sociedad y el peso de los valores reaccionarios o una salida en clave solidaria y anticapitalista. La situación es bastante contradictoria. El neoliberalismo está completamente desacreditado y la crisis ha abierto espacio para un discurso y para un “sentido común”, en la acepción gramsciana del término, anticapitalista, pero las políticas dominantes profundizan los recortes sociales y la resistencia a las mismas no es suficiente para pararlas. Al mismo tiempo, la deslegitimación del neoliberalismo y el aumento de la credibilidad del anticapitalismo coexisten con un fuerte arraigo social del individualismo, el consumismo, la privatización de la vida social y la despolitización.

En paralelo asistimos a un fuerte ascenso de los discursos xenófobos y populistas de derecha fruto de la desestructuración del movimiento obrero y de las clases trabajadoras, y de la fragmentación social y la descomposición de las organizaciones y de la cultura de izquierdas en los barrios populares. Es una muestra de hasta qué punto los valores individualistas y la lógica capitalista han penetrado en el seno de amplias capas de la población. La izquierda mayoritaria, política y sindical, tiene una particular responsabilidad en ello. El ascenso de las fuerzas reaccionarias se cimienta sobre las ruinas de su política. Sus políticas social-liberales colisionan con los intereses objetivos de su propia base social. El resultado es la desmoralización, la desafección y la desorientación. La institucionalización y burocratización de la práctica y el discurso sindical mayoritario y la pérdida de vínculo orgánico y de identificación entre la izquierda parlamentaria y su base social tradicional, en particular la de origen trabajador, abre la puerta al ascenso de la demagogia de la derecha populista y xenófoba fruto de la «desorientación de un pueblo que ha sido abandonado por la izquierda» como señala Traverso.⁵

Las dinámicas de los movimientos sociales son siempre imprevisibles. A pesar de las dificultades no se puede ser fatalista, ni llegar a conclusiones prematuras respecto a la debilidad de la reacción social y menos ahora que el anuncio de los recortes puede hacer que se mueva la situación. Desde finales de 2010 hemos asistido a un repunte de las movilizaciones sociales en la UE: las fuertes movilizaciones en otoño de 2010 en Francia contra

⁴ L. Boltanski, «La rebeldía no es un placer solitario» (entrevista), *Viento Sur* 103, mayo 2009, pp. 5-16.

⁵ E. Traverso, «La islamofobia está en la fuente del nuevo populismo de derechas», *Viento Sur* [disponible en: <http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/index.php?x=3463>].

Sarkozy, la permanencia de la situación de explosividad social en Grecia, las movilizaciones primero estudiantiles y después sindicales contra Cameron en Gran Bretaña, las luchas estudiantiles y contra Berlusconi en Italia, o la huelga general y el movimiento de jóvenes precarios en Portugal. Sin olvidar la reactivación del potente movimiento antinuclear en Alemania. Pero aún es pronto para determinar si estamos ante el inicio de un nuevo ciclo y de una fase de ascenso sostenido.

Lo que está en juego es una salida proempresarial a la crisis, que refuerce el dominio del capital en el seno de la sociedad y el peso de los valores reaccionarios o una salida en clave solidaria y anticapitalista

En el Estado español, a pesar de que la huelga general del 29-S pareció abrir una brecha el giro sindical posterior y la firma del pacto social frenó en seco esta dinámica. Más allá de las cuestiones generales comunes en toda la UE ya señaladas que explican los límites de la reacción social ante las políticas de ajuste, en la situación específica del Estado español hay dos factores a tener en cuenta: primero, el hecho de que sea la socialdemocracia quien está en el poder y no la derecha, cuestión que actúa en detrimento de la movilización; segundo, las particularidades de la historia reciente española, el impacto del proceso de “modernización” posterior a la transición y del auge de un capitalismo especulativo ligado al *boom* inmobiliario.

Crisis del capital, crisis sindical

La respuesta sindical desde el estallido de la crisis ha puesto en evidencia los límites del actual modelo sindical dominante en el conjunto de la UE y en el Estado español. La crisis del capital muestra también la existencia de una fuerte crisis de estrategia sindical.

Hablar de crisis sindical es algo común desde hace décadas en toda la UE. Esta presenta varias dimensiones objetivas como: la pérdida de afiliación en muchos países (aunque no en todos); la caída de la participación interna de los afiliados en la vida sindical, que expresa un debilitamiento de la base social real de los sindicatos; la reducción de la conflictividad laboral; una crisis de función debido a los procesos de individualización de las relaciones laborales que cortocircuitan a los sindicatos; y la disminución de su influencia social, aunque a veces, como señala Recio⁶ para el caso español, dicha pérdida de influencia social y declive de fuerza real se haga en paralelo a una mayor institucionalización de los mismos.

⁶ A. Recio, «¿Qué fue de la clase obrera?», *Mientras Tanto* 93, 2004, pp. 25-44.

La crisis sindical, sin embargo, se manifiesta también a través de un agotamiento del discurso y la práctica sindical, y sus dificultades para dar respuestas satisfactorias a los retos planteados por el capitalismo global. Su crisis es, por tanto, estratégica, de proyecto e identidad.

Los sindicatos mayoritarios en el conjunto de la UE y en el Estado español no han ofrecido la respuesta adecuada al ascenso de las políticas neoliberales y a la precarización de los derechos sociales y laborales. Su modelo de sindicalismo de concertación, orientado fundamentalmente a la práctica institucional, ha hecho una labor de “acompañamiento crítico” de las líneas maestras de la política neoliberal y de la integración europea. Sólo ha ofrecido resistencias puntuales ante situaciones concretas que se juzgaban “excesivas”, pero sin plantear una crítica de conjunto al modelo neoliberal ni organizar una respuesta movilizadora.

El reto es un sindicalismo alternativo

La política seguida por CCOO y UGT desde el estallido de la crisis ha estado desenfocada, contribuyendo a la desorientación de los trabajadores. Primero, acompañaron acríticamente la política de rescates bancarios y las medidas tomadas en los primeros meses después del estallido de la crisis y asumieron la explicación oficial de la crisis como una crisis financiera fruto de los “excesos” del sector, sin entrar a analizar su carácter estructural y sistémico. Convocaron tarde, y en frío, la huelga del 29-S y, aunque su resultado fue mucho más positivo de lo previsto, dilapidaron el potencial abierto volviendo de nuevo a la actividad sindical rutinaria. La huelga fue concebida como una movilización puntual, convocada desde arriba a modo de paréntesis o de desvío accidental en el camino, y no como un punto de inflexión dentro de un plan de movilización sostenida, dejando que la brecha abierta tras el 29-S se fuera cerrando en los meses posteriores sin ofrecer una perspectiva de continuidad. Sin embargo, ante el embate del Gobierno con las pensiones pareció que se orientaban de nuevo a la movilización en el último tramo del 2010, después de un par de meses de parálisis pero, a última hora, giraron bruscamente hacia la búsqueda de un pacto. El resultado de esta orientación no sólo es la firma de un acuerdo perjudicial para los intereses de los trabajadores, sino también una política que contribuye a la desorientación y la confusión, fomenta la apatía y la resignación, el desapego a los propios sindicatos, mina su propia base social... y crea las condiciones para futuros ataques a los derechos conquistados.

Ante esta situación el reto es reforzar y desarrollar un sindicalismo alternativo orientado a la movilización, al fomento de la participación democrática

desde la base, y provisto de un discurso y una perspectiva anticapitalista. Un sindicalismo portador de un “sentido común” alternativo al dominante, de otra lógica, en sintonía con lo que ha sido el movimiento antiglobalización y los movimientos alternativos. Los sindicatos tienen que tener como prioridad reconstruir, en un mundo cada vez más fragmentado, una cultura de la solidaridad, de la movilización y de la participación cotidiana en los asuntos colectivos. Tienen que buscar nuevas formas organizativas y estrategias para conectar con los segmentos más débiles de la clase trabajadora, como los parados, los precarios, los inmigrantes..., combinando la acción en el centro de trabajo y en el territorio, fomentando la colaboración entre sindicatos y otras organizaciones y movimientos sociales y desarrollando una práctica militante dinámica que rompa con la acción sindical rutinaria. Es necesario recuperar la dimensión sociopolítica de la acción sindical y desarrollar lo que en el mundo anglosajón se ha llamado un “sindicalismo movimentista”, que busque alianzas con otras organizaciones, actúe dentro y fuera del puesto de trabajo y tenga una práctica activista.⁷

La coordinación europea de las resistencias es otro de los objetivos insoslayables para el sindicalismo y los movimientos sociales. Una auténtica “euromovilización”, más allá de las ya tradicionales eurojornadas simbólicas convocadas por la Confederación Europea de Sindicatos, sería mucho más efectiva para hacer cristalizar la emergencia de un sindicalismo europeo en el imaginario colectivo que largas décadas de negociaciones burocráticas de bajo perfil en Bruselas. La consigna «huelga general europea», defendida por el sindicalismo alternativo, si bien hoy para hoy es sólo un eslogan propagandístico, tiene el mérito de fijar un horizonte de trabajo claro y plantear lo que es necesario para oponerse a las políticas económicas en curso. Y, de forma más realista, es necesario insistir en la necesidad de reforzar la coordinación sindical en la Europa mediterránea, en pleno ojo del huracán, y defender una movilización sindical euromediterránea.

Anticapitalismo: el regreso

La crisis no ha hecho más que confirmar la pertinencia de una crítica radical al actual orden de cosas. Confirma la validez de la crítica “antiglobalizadora” que se fue gestando durante la segunda mitad de los años noventa y eclosionó después de las protestas ante la Organización Mundial del Comercio en Seattle en 1999.

En realidad la crisis abierta en 2008 plantea la necesidad de profundizar y radicalizar las alternativas, en el sentido de ir a la raíz de los problemas, de apuntar hacia el “núcleo duro” del actual sistema económico, pasando de un mero “antineoliberalismo” a un “anticapitalismo” consecuente. Paradójicamente, el impacto de la crisis ha hecho que algunas de las ideas y

⁷ J. M. Antentas, «Sindicatos y resistencias globales», *Viento Sur*, 86, 2006, pp. 28-36.

demandas “antineoliberales” formuladas por los movimientos alternativos en los últimos años (la Tasa Tobin, la supresión de los paraísos fiscales...) aparezcan como insuficientes aunque estemos lejos de su misma aplicación. Se trata ahora de en la lucha contra los recortes neoliberales defender medidas concretas como las formuladas y que forman parte del acervo común de las luchas “antineoliberales” de los últimos años y plantear de nuevo “grandes propuestas”, poniendo encima de la mesa alternativas hasta ahora fuera del debate por parecer demasiado lejos de la realidad, como la apropiación pública del sistema bancario, entre otras.

«No se puede ser neutral en un tren en marcha», nos recordaba el historiador Howard Zinn en su autobiografía,⁸ y menos en un tren desbocado hacia el precipicio como lo es la humanidad, retomando la lúcida metáfora de Walter Benjamin. En vistas de cómo va el mundo, el anticapitalismo es hoy una apuesta perfectamente razonable y un verdadero imperativo moral y estratégico. No parece que sean los antisistema quienes deban justificarse, sino los pro-sistema quienes deberían hacerlo.⁹ La solución no pasa por la “moralización” del capitalismo, retoques cosméticos superficiales o, simplemente la domesticación de sus “excesos” neoliberales. Una opción meramente “antineoliberal”, aún yendo hacia la buena dirección, se queda sólo en la superficie del problema.

Ante los intentos de regulación sistémicos y de dar una salida a la crisis favorable a los intereses del capital es necesario plantear claramente otra agenda, la de una ruptura con el paradigma neoliberal desde una lógica anticapitalista. Dos lógicas irreconciliables se contraponen: «la del beneficio a cualquier precio, el cálculo egoísta, la propiedad privada, la desigualdad, la competencia de todos contra todos, y la del servicio público, los bienes comunes de la humanidad, la apropiación social, la igualdad y la solidaridad».¹⁰ Precisamente esta es la cuestión central que intentan soslayar los gobiernos y los partidarios del actual modelo económico y la izquierda institucionalizada reconvertida en gestora fiel de los intereses del capital o con vocación de corregir simplemente sus excesos. Las promesas de moralización del capitalismo entonadas al comienzo de la crisis y las proclamas posteriores de que lo peor ya pasó tienen en común el intento de negar el carácter sistémico de la crisis y de evitar que la misma abone el cuestionamiento del propio sistema económico. El presidente francés Nicolás Sarkozy lo señalaba bien claro en septiembre de 2008 en su discurso de Toulon, justo después de la debacle de Wall Street: «La crisis financiera no es la crisis del capitalismo, es la crisis de un sistema alejado de los valores fundamentales del capitalismo a los que, en cierto modo, ha traicionado. Quiero decírselo claro a los franceses: el anticapitalismo no ofrece ninguna solución a la crisis actual». ¿Seguro?

⁸ H. Zinn, *You can't be neutral on a moving train: a personal history of our times*, Beacon Press, Boston, 2002.

⁹ Para el debate mediático sobre los “antisistema” suscitado tras el 29-S véase J. M. Antentas y E. Vivas «¿Antisistema? Por supuesto», *Público*, 15 octubre 2010, p. 8.

¹⁰ D. Bensaïd, «La crisis capitalista: apenas un comienzo», *Sin Permiso*, 15 de marzo de 2009 [disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2422>].

Anticapitalismo es el término que se ha ido imponiendo para designar este horizonte de ruptura y rechazo al actual orden de cosas. A pesar de su aparente carácter negativo, el anticapitalismo, tal y como lo entendemos, desemboca directamente en la formulación de propuestas alternativas que apuntan hacia otro modelo de sociedad. «La indignación es un comienzo. Uno se indigna, se levanta y después ya ve», señalaba Daniel Bensaïd.¹¹ Del rechazo inicial a lo existente se pasa después a la defensa de otra lógica opuesta a la del capital y la dominación.

En vistas de cómo va el mundo, el anticapitalismo es hoy una apuesta perfectamente razonable y un verdadero imperativo moral y estratégico

Los límites del término son, en cierta forma, los límites del periodo actual, todavía de resistencia y de (re)construcción, marcado por la dificultad para expresar una perspectiva estratégica en positivo y para afirmar tanto una perspectiva revolucionaria de transformación, como un horizonte de sociedad alternativo. Los grandes conceptos de la historia del movimiento obrero, como “socialismo” o “comunismo”, tienen hoy un significado equívoco debido al fracaso de los proyectos emancipatorios del siglo XX. Los debates como el del «socialismo del siglo XXI» lanzado (con muchísimas contradicciones y límites) desde Venezuela, o sobre el «ecosocialismo» impulsado por la Red Ecosocialista Internacional (animada entre otros por Michael Löwy o Joel Kovel), o los debates actuales en círculos académicos e intelectuales sobre el «comunismo» y la «hipótesis comunista» muestran un renacimiento aunque todavía débil del interés por repensar y rediscutir un horizonte poscapitalista. Pero se precisan todavía nuevas experiencias fundacionales para imponer nuevos términos o recuperar los antiguos: «No se inventa un nuevo léxico por decreto. El vocabulario se forma con el tiempo, a través de usos y experiencias».¹²

Para cerrar la brecha entre la pérdida de legitimidad del capitalismo neoliberal y de sus instituciones y la debilidad de los movimientos populares para imponer un cambio de políticas, es necesario seguir organizando, desde abajo y día a día, la resistencia social, con criterios unitarios y combativos y buscando enlazar las distintas luchas y problemáticas favoreciendo espacios de convergencia y solidaridades a escala internacional, nacional y local para evitar el aislamiento y la fragmentación de las resistencias. Como nos recuerda Walden Bello «las ideas no bastan, y lo que será decisivo es el modo de traducir nuestras ideas, nuestros valores y nuestra visión a una estrategia y a unas tácticas con vocación ganadora que puedan triunfar democráticamente».¹³

¹¹ D. Bensaïd, *Les irréductibles. Théorèmes de la Résistance à l'air du temps*, Textuel, Paris, 2001.

¹² D. Bensaïd, «Potencias del comunismo», *Viento Sur* 108, febrero 2010

¹³ W. Bello, «La crisis del capitalismo y la respuesta política de la izquierda», *Sin Permiso* 5, marzo 2010, pp.11-24

La crisis incrementa las contradicciones sociales y ha abierto posibilidades para la crítica anticapitalista y la reconstrucción de un proyecto alternativo, pero lo hace desde un punto de partida muy desfavorable. La correlación de fuerzas a escala europea y planetaria está muy degradada y la capacidad de la izquierda política y social de pesar significativamente es mínima. La pasividad y el desánimo conviven con el ascenso de los populismos reaccionarios y de extrema derecha. Entre ambos la voz de las fuerzas alternativas aparece débil y frágil. Sin embargo, el desenlace y el modelo de salida a la crisis no están prefigurados de antemano. El potencial de inestabilidad global derivada de la crisis es todavía muy fuerte, las contradicciones se acumulan, y la capacidad del mundo empresarial y de la clase política para estabilizar la situación es limitada. Las inesperadas revoluciones acontecidas en el mundo árabe son la mejor prueba de ello. Los vigorizantes vientos que soplan en el norte de África y Oriente Próximo no sólo electrizan la región sino que dan aliento a los movimientos sociales europeos, contribuyen (limitadamente) a resituar en nuestro imaginario colectivo que la acción colectiva es útil y ensanchan el horizonte de lo posible.

Estamos, en cualquier caso, todavía en una de las etapas de una crisis de largo recorrido y es necesario huir de lecturas demasiado impresionistas de la realidad. Al constatar las dificultades de las luchas sociales en Europa para hacer frente a las consecuencias de la crisis, sin voluntad de establecer comparaciones históricas mecánicas, no está de más recordar, por ejemplo, que tras el *crack* de 1929 el movimiento obrero norteamericano tardó más de cuatro años en responder, pasar a la ofensiva y sacudir la vida política y social del país.¹⁴

Conviene evitar tanto los optimismos exagerados (más bien escasos ahora mismo, todo hay que decirlo) como los pesimismos paralizantes. Al igual que *Saïd el pesoptimista*, el personaje de la novela del escritor palestino Emile Habibi, ni optimistas ni pesimistas, los activistas sociales deberíamos permanecer simplemente “pesoptimistas”.

¹⁴ D. La Botz, «The global crisis and the world labor movement», *New Politics*, 47, verano, 2009.